



martes 3 de febrero de 2004

Opinión - La tercera

PERSPECTIVA DE IRAK, FEBRERO - JUNIO 2004

Por DARÍO VALCÁRCEL

BAJO el torrente de noticias en desorden -muertos, terrorismo, resistencia, caos, gran ruido informativo- Irak se acerca a una encrucijada. Las perspectivas de aquí al verano dependen de dos condiciones: necesidad americana de transmitir la soberanía (por razones electorales) antes de julio; necesidad impuesta a Paul Bremer por el consejero de Bush, Karl Rove. Y la seguridad de fuentes fiables, también americanas, de que la ocupación de Irak ha sido perjudicial para la lucha contra el terror. Por un lado, Irak ha significado una buena advertencia (Libia, Irán, otros reflejos futuros) pero ha sido un mal resultado en la medida en que ha desacreditado al presidente de Estados Unidos, responsable de mentir al Congreso y la ciudadanía una y otra vez. Irak era un peligro inminente, inaplazable: ahora sabemos que Sadam escribía novelas mientras sus colaboradores le estafaban. No había arsenales químicos ni bacteriológicos de consideración desde 1995. No había posibilidad de armas nucleares en largos años. Bush insinúa hoy que sus servicios de inteligencia le han desorientado. Pero eso sí, Sadam era un dictador cruel. ¿Peor que los de Corea del Norte, Congo, Zimbabwe, Sudán, Uzbekistán, Tayikistán y 30 más? ¿Más peligroso que los responsables de Pakistán, Arabia Saudí o, perdonen, Rusia?

Pero volvamos a lo nuestro: el 11 de enero el ayatolá Al-Sistani, líder de los chiíes, difundía un edicto para pedir elecciones libres y directas, garantizadas por el ocupante, antes de julio. Es un edicto inquietante para muchos observadores, entre los que nos contamos. Al-Sistani se enfrenta a la propuesta de la Autoridad Provisional de la Coalición (en su acrónimo inglés, CPA) que aspiraba a nombrar a la asamblea provisional iraquí en elección indirecta. Desde Europa y América se escriben análisis sobre la transición en Irak (el del domingo en esta página, de F. Díez Moreno, era excelente). Dicen la verdad, pero no toda la verdad. España ayuda con enorme mérito. Pero el caos es cada día mayor en Irak. De añadidura, los americanos quieren salir. Como sea, pero salir, por orden de Karl Rove.

Desde marzo aquí, Al-Sistani se ha esforzado por no chocar con la CPA, dirigida por el íntegro e inteligente Bremer. El 15 de noviembre, la CPA hizo público su encargo al consejo de Gobierno iraquí, para que éste organizara la designación de una asamblea provisional. La CPA proponía un mecanismo de elección indirecta que los chiíes interpretaron como nombramiento por el invasor de una entidad llamada a pilotar el período constituyente. A lo que parece, el propio Bremer debía albergar dudas sobre ese mecanismo parcial y censitario. Pero la fórmula venía de Washington. El ayatolá replica: sólo existe un medio de transmitir a los iraquíes la soberanía: elecciones libres, directas y secretas. Bremer pide a Al-Sistani que le reciba. El ayatolá, correctamente, elude el encuentro. No quiere ser fotografiado con el representante. Se ha limitado a difundir su edicto: no dará su caución a un proceso que, según

afirma, nacería viciado. Entre tanto, el ayatolá recibe a un promedio de diez delegaciones diarias de las 2.000 tribus de Irak.

El ayatolá Mohamed Ali Husseini Al-Sistani tiene 74 años. Hombre de gran austeridad, vive en una pequeña casa alquilada junto a la mezquita de Nayaf, con un despacho. No pronuncia discursos, no da ruedas de prensa, casi nunca aparece en público. Nayaf, ciudad santa del chiismo, mantiene el santuario de Ali, yerno del profeta, de cuya muerte cruenta nació esta rama del islam, hoy con 200 millones de fieles en el mundo. Lo notable de la doctrina de Al-Sistani es el rechazo de toda contaminación entre religión y política. Nunca ha propuesto nada parecido a una república islámica. Aspira a que en la futura constitución iraquí no se incluyan artículos contrarios a la fe musulmana. Quiere que el país sea gobernado por un grupo de laicos piadosos legítimamente elegidos. El problema es que este hombre santo puede desaparecer, como desapareció el ayatolá Al Hakim. Entonces una mayoría chií, radicalizable, controlaría el poder.

La CPA nombró en julio a un consejo de Gobierno, cuyos miembros rotan en la presidencia y sobre todo viajan. Viajan con Visa, en un pueblo acosado por el hambre, las bombas, el humo, la falta de techo, agua y electricidad. Hoy, sin embargo, se sabe quién manda en Irak: de un lado Bremer, en nombre de la fuerza invasora; de otro Al-Sistani, en nombre de la mayoría invadida. Pasados los 60 años, cada palabra de Bremer, gran cabeza, es pensada para diez próximos días y los diez próximos años.

Los especialistas creen que un enfrentamiento directo entre la CPA y la mayoría chií sería como un monumental choque de trenes. En Washington, en medio del lío electoral, con un presidente de plástico -como el pavo del Thanksgiving Day- reaparecen personajes sórdidos, Karl Rove el primero; detrás el vicepresidente Cheney (del que conviene temer lo peor cuando afirma en Davos, deseamos una Europa fuerte y unida) mientras los otrora poderosos hombres de las tinieblas Paul Wolfowitz o Richard Perle, se hundan. Desde enero de 2001 y contra la tradición de seis décadas, han sido tales las maniobras de la administración Bush para dividir a los europeos que se tardará años en reparar las vías de agua. Pero la Unión Europea es hoy el único aliado posible, fiable del poder americano. De ahí el impúdico elogio de Cheney a Europa. Estados Unidos, no Bush, entiende lo que es un aliado fiable, libre e independiente. No sometido, adulator y satelizado.

La Unión Europea mantiene hoy una inversión anual en tecnología militar apenas superior a la mitad de la americana. Pero su capacidad (nuclear o convencional) la hace respetable. No hace falta disponer de una panoplia digna de la guerra de las galaxias. También la ONU -una organización plagada de problemas, pero la única disponible, mire usted por donde- se hace indispensable para la pacificación de Irak. En los últimos tres meses, Bush ha tenido que pasar de sus chocarreras bromas al reconocimiento de la organización internacional. Ahora la ONU es llamada para dictaminar sobre las elecciones en junio.

Algunas gentes guapas de la administración americana han mezclado con no poca tranquilidad sus intereses privados con la tragedia de Irak. Han ocultado generosidades de empresas, discretas comisiones de compañías petroleras... Lo han hecho sobre la sangre de soldados americanos, también de soldados británicos, italianos, españoles... Pero la realidad es terca. En su edicto Al-

Sistani ha dejado una puerta abierta: si las Naciones Unidas confirmaran la imposibilidad de contar con un censo de aquí a cinco meses, el ayatolá reconsideraría su petición. Los británicos han dado una opinión inequívoca: sí, existe suficiente margen para disponer de un censo de urgencia lo bastante fiable, a partir de las cartillas de racionamiento, las de sanidad y las tarjetas de identidad. «Perder el apoyo chií o todavía peor lanzarse a un conflicto abierto, puede leerse en el Financial Times, sería devastador para la política americana».

América, dicen algunos teóricos de la izquierda antigua, sartriana, encasillada desde hace 50 años, mantiene formas democráticas. Pero insistamos en el valor incalculable de esas formas, que permiten la confrontación, el verdadero debate. John Kerry, senador demócrata por Massachusetts y candidato a candidato contra George W. Bush, atacaba el mes pasado la desvergüenza de Bush. Conviene repetir sus palabras: «Nos batimos para liberar al gobierno de la nación del dominio de intereses particulares, sea el lobby de los medicamentos o el de la industria petrolera... El presidente Bush ha protagonizado la política exterior más inconsciente, más arrogante, más inepta y más ideologizada de la historia moderna».